

á separar á su hermano don José de aquel mando, viendo que esto urgía y que aquél no llegaba, despachó un oficial de confianza á don Luis Alejandro Bassecourt, comandante general de la provincia de Cuenca, ordenándole que sin perjuicio y con retencion de aquella comandancia, se encargase interinamente de la capitania general de Valencia, recomendándole mucho la reorganizacion y disciplina de aquel ejército, que socorriera á todo trance á Cataluña, y sobre todo que viera de impedir la pérdida de Tortosa. Mas no eran menester órdenes para que Caro dejase la capitania general de Valencia. En su retirada á Murviedro se notó haber desaparecido del campo: con semejante conducta, que irritó tambien á su hermano don Juan, hombre de otro temple, que maniobraba, como hemos visto, en Cataluña, llegó á pronunciarse de tal manera el odio popular contra su persona, que temiendo ser víctima de la indignacion pública, tuvo á bien escabullirse disfrazado de fraile y se fué á buscar un asilo en Mallorca.

Encargado por Napoleón el mariscal Suchet de sitiarse y rendir las plazas de Cataluña, despues de tomadas las de Lérida, Hostalrich y Mequinenza, emprendió, segun dejamos indicado, el sitio de Tortosa, en tanto que el mariscal Macdonald, gobernador general del Principado, empleaba todo género de esfuerzos y todas las tropas disponibles en introducir convoyes y proveer de víveres á Barcelona. A preparar el sitio hizo

Suchet concurrir las divisiones de Habert y de Leval, y él sentó sus reales en Mora (7 de julio), dándose la mano con aquellos, y echando puentes volantes para la comunicacion de ambas orillas del Ebro. Desde estas primeras operaciones preparatorias comenzaron los reencuentros y combates con las tropas españolas de dentro y de fuera, siendo uno de los mas sérios el que tuvo la division de Leval (15 de julio) con la del marqués de Campoverde que se alojaba en Falset, y en el que aquella fué rechazada. Fué otro el que tuvo la division de Habert, acometida por don Enrique O'Donnell (29 de julio), el cual, no pudiendo desalojarla, entró en la plaza de Tortosa, donde al ver la resolucion y el entusiasmo de la guarnicion y del pueblo, dispuso una salida contra Leval. Verificóse ésta bajo el mando de don Isidoro Uriarte (3 de agosto); la acometida fué impetuosa, y consiguió deshacer algunas obras del enemigo, pero reforzado éste, tuvieron los nuestros que recogerse á la plaza, dejando algunos prisioneros, entre ellos el coronel don José María Torrijos. O'Donnell no tardó en volver á Tarragona, su cuartel general. En estos casos se notaba ó la flojedad ó la falta de cooperacion del capitán general de Valencia don José Caro.

Tan pronto como el mariscal Macdonald, duque de Tarento, logró introducir en Barcelona el segundo convoy de víveres, que era uno de sus mayores afanes, tomó la via de Tarragona para ver si podia cercar esta

plaza y privar á la de Tortosa de los socorros de O'Donnell. Mas le salió tan fallido su cálculo, y tan al revés sucedieron las cosas, que fué O'Donnell quien tuvo el cuerpo de Macdonald de tal manera bloqueado en Reus, que para no perecer de hambre hubo de levantar el campo (25 de agosto), no sin imponer ántes á aquella industriosa ciudad la exorbitante contribucion de 136.000 duros. De allí partió á verse con Suchet en Lérida, pero tampoco hizo esta expedicion impunemente, puesto que, hostilizado en los pasos estrechos, ya por el brigadier Georget, ya por don Pedro Sarsfield, sufrió en la marcha una baja de mas de 400 hombres. Viéronse al fin en Lérida los dos mariscales (29 de agosto), y acordaron activar el sitio de Tortosa, aprovechando la ocasion de permitir una crecida del Ebro llevar y aproximar á la plaza cañones de batir; pues por tierra era tan difícil el acceso, que para transportar de Mequinenza municiones de guerra y boca hubieran tenido los franceses que reparar y habilitar los restos de un antiguo camino de ruedas, tiempo hacía en desuso, y cuya operacion aun no estaba concluida.

Fué Macdonald á situarse en Lérida con arreglo á lo acordado con Suchet. Comprendió el activo O'Donnell el propósito y fin de este movimiento, y resuelto á no dejar reposar á su adversario, hizo que se embarcase en Tarragona alguna tropa con pertrechos y artillería, mandó ir á Villafranca la division de Campo-

verde, partió él mismo á ponerse al frente de ella, distribuyendo las fuerzas de modo que unas atendiesen al camino de Barcelona, otras observasen á Macdonald, y otras corriesen y explorasen la costa, y él avanzó á Vidreras. Desde este punto, marchando á la ligera y con rapidez á la cabeza del regimiento de caballería de Numancia, unos 60 húsares y un centenar de infantes, franqueó en poco mas de cuatro horas las ocho leguas de camino que separan aquel punto de la villa de La Bisbal. La sorpresa que se propuso hacer fué completa; cogió de improviso los piquetes que patrullaban, y en la misma noche en que esto ejecutó obligó á capitular al general francés Schwartz, que con su gente se habia encerrado en el castillo (14 de setiembre). Mereció bien O'Donnell el título de conde de La Bisbal, que después le fué otorgado por tan admirable como dichosa expedicion, pero no le ganó de valde, puesto que al hacer un reconocimiento del castillo recibió una grave herida en la pierna derecha. Entretanto, y con arreglo á la combinacion por él dispuesta, don Honorato Fleyres se apoderó de San Feliú de Guixols, y el coronel don Tadeo Aldea tomó á Palamós; siendo el resultado de esta atrevida y hábil maniobra de O'Donnell coger á los franceses 17 piezas y 1.200 prisioneros, entre ellos el general Schwartz y 60 oficiales.

Ni descansaban los nuestros, ni dejaban descansar á los franceses por el norte de Cataluña, hostigán-

dolos por la parte de Figueras don Juan Clarós, por Puigcerdá el marqués de Campoverde, por Igualada el brigadier Georget, y después el baron de Eroles, que con el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan reemplazó á Campoverde en el mando de los distritos del Norte. Cada uno de estos caudillos sostenia frecuentes refriegas, que aunque no eran ni podian ser acciones decisivas, llenaban el triple objeto de causar parciales bajas, dificultar las subsistencias y las operaciones, y entrete-ner y molestar de continuo al enemigo. Y tanto lo lograban, que para socorrer á Barcelona con basti-mentos, tuvo que acudir otra vez en noviembre cami-no de Gerona el mismo gobernador militar del Prin-cipado, Macdonald, porque las tropas del general Ba-raguay d'Hilliers que mandaba en el Ampurdan no bastaban á asegurar el paso y llegada del convoy á su destino.

Con esto y con los obstáculos naturales del ter-reno no podia adelantar mucho el sitio de Tortosa. En las mismas márgenes del Ebro no podian los fran-ceses padecer el menor descuido, sin riesgo de que les sucediera lo que á un batallon napolitano que al pasar de una á otra orilla cayó todo entero en poder de las tropas del baron de La Barre, que mandaba una division española. Por la parte de Aragon se tra-bajaba en el mismo sentido, y con el mismo ó pare-cido afan: y aunque no hubo el mayor tino en la eleccion

del gefe á quien se encomendó la direccion de los cuer-pos, ya de línea, ya de guerrillas, que recorrian aquel reino, hubo caudillos, como don Pedro Villacampa, que con su acreditada audacia y notable movilidad les sorprendia y aprisionaba destacamentos, y les in-terceptaba importantes convoyes. Si alguna vez, obli-gado por superiores fuerzas, se enmarañaba en las montañas, reaparecíase á lo mejor, en términos que se vió forzado Suchet á enviar contra él, destacados del sitio de Tortosa, siete batallones y cuatrocientos ginetes al mando del general Klopicki, el cual entró en Teruel, y siguiendo luego á los españoles alcanzó la retaguardia y le tomó algunas piezas y municiones. La mision del general polaco era destruir á Villacam-pa, como á quien mas pertinazmente les hacia la guer-ra por aquella parte. Hallóle el 12 de noviembre apos-tado con 3.000 hombres en las alturas inmediatas al santuario de la Fuen-Santa, y allí le acometió. De-fendieron bien los nuestros por espacio de algunas ho-ras sus posiciones, pero arrollada el ala izquierda, pe-recieron de ellos algunos centenares, ahogados muchos en las aguas del Guadalaviar, con motivo de haberse hundido á su paso un puente. Con este descalabro, dejando Klopicki una columna en observacion de Vi-llacampa, volvióse con el resto de la division al sitio de Tortosa.

• Habíase ganado mucho en Valencia con el reem-plazo de don José Caro por don Luis de Bassecourt,

pues al menos era un gefe activo, y contra el cual no tenían motivos de queja los valencianos. También Bassecourt intentó divertir á los franceses del asedio de Tortosa, dirigiéndose desde Peñíscola (25 de noviembre) la vuelta de Uldecona nada menos que con 8.000 infantes y 800 ginetes, distribuidos en tres columnas, de las cuales mandaba él la del centro. Pero, bien por impaciencia suya, bien por retraso de los otros dos gefes, bien, lo que parece mas probable, por ambas causas juntas, tuvo que retroceder con quebranto dejando prisionero, entre otros, al coronel de la Reina don José Velarde, y refugiarse otra vez en Peñíscola, en dispersion ya su gente, seguida de cerca por las fuerzas reunidas del general Musnier.

En medio de estas alternativas, las dificultades que los franceses encontraron para el sitio de Tortosa, especialmente para el transporte del material de artillería, correspondieron al afán de Napoleon y al compromiso de Suchet de tomar la plaza. Llevaba ya aquél de duracion desde julio hasta la entrada del invierno: el camino practicado en la montaña le habia sido mas costoso que útil; en cambio las crecientes del Ebro vinieron á facilitarles la conduccion de los trenes por medio de barcas, no sin que algunas de éstas fueran también apresadas por las tropas españolas que vigilaban las orillas del río, aunque con la desgracia por nuestra parte de cogernos en una ocasion el enemigo 300 prisioneros, entre ellos el general García Navar-

ro. Al fin á mediados de diciembre, desembarazado Macdonald del cuidado de abastecer la plaza de Barcelona, y dejando en Gerona y Figueras 14.000 hombres á las órdenes del general Baraguay d'Hilliers, marchó él con 15.000 la vuelta del Ebro, y acordó con Suchet activar y estrechar el tan prolongado sitio de Tortosa. Eligióse por punto de ataque la parte del Sur entre las montañas y el río; abrióse atrevidamente y se adelantó con vigor la trinchera; la guarnicion multiplicaba sus salidas; la del 28 de diciembre fué tan briosa, que arrojándose de súbito 3.000 hombres sobre las trincheras enemigas del Sur y del Este, deshicieron varias de ellas, y mataron multitud de oficiales de ingenieros, hasta que acudiendo la reserva francesa obligó á aquellos valientes á retroceder á la plaza. Distinguióse en esta accion por su arrojo y se dió á conocer un oficial francés, el capitán Bugeaud, uno de los mas ilustres generales de la Francia en los dias en que esto escribimos.

Al siguiente dia (29 de diciembre) cuarenta y cinco bocas de fuego en diez baterías vomitando sobre la plaza una lluvia de granadas, balas y bombas, comenzaron á desmantelar los muros. Continuó el fuego en los dias siguientes, y se hicieron practicables varias brechas. El 1.º de enero de 1811 una bandera blanca enarbolada en la plaza anunció la intencion de capitular. Pretendia el gobernador conde de Alacha que la guarnicion pudiera trasladarse libremente á

Tarragona; negóse á ello Suchet y volvióse á romper el fuego. El 2 apareció de nuevo el pabellon blanco: Suchet no quiso recibir á los parlamentarios mientras no pusieran á su disposicion una de las puertas de la plaza: como vacilasen los nuestros, avanzó Suchet y les intimó que bajáran el puente levadizo; entonces obedecieron, y los granaderos franceses tomaron posesion de la puerta. A las cuatro de la tarde la guarnicion, en número de 6.800 hombres ⁽¹⁾, desfiló con los honores de la guerra y depuso las armas. Asi terminó el sitio de Tortosa que costó á los franceses muchas bajas de hombres, y medio año de trabajos. No puede negarse que nos fué fatal la pérdida de esta plaza, y más cuando en Cataluña no nos quedaba ya mas que la de Tarragona. La opinion se pronunció furiosa contra el conde de Alacha, acusándole de descaminado y flojo en la defensa; de tal manera que en un consejo de guerra que se celebró en Tarragona se le condenó á ser degollado, y á los pocos dias se ejecutó la sentencia en estatua, por hallarse él ausente. ¡Lástima grande que asi mancillára aquel militar los laureles ántes ganados en la retirada de Tudela ⁽²⁾!

Para terminar la reseña de las operaciones mili-

(1) Hemos tomado esta cifra de un historiador francés, aun en la conviccion de ser algo abultada, siquiera por oponerla á la de Thiers, que con su acostumbrada exageracion hace subir á 9.400 los prisioneros que desfilaron.

(2) Cuando volvió á España Fernando VII. se abrió de nuevo la causa, se le oyeron sus descargos, y, como dice un historiador español, «le absolvió el nuevo tribunal, no la fama.»

tares en la segunda mitad del año 1810, réstanos decir algo de lo que se hacia allí donde ó no maniobraban ejércitos disciplinados, ó trabajaban con ellos ó á su sombra otras fuerzas, si bien algo organizadas, siempre menos sujetas á disciplina. Calcúlase que pasaban de doscientos los caudillos que en el ámbito de España por este tiempo capitaneaban esos grupos mas ó menos numerosos de gente armada y resuelta llamados guerrillas. La Regencia del reino solia encomendar ya á generales del ejército el encargo de reunir y mandar á los que andaban por un mismo distrito ó por comarcas limítrofes, y de sujetarlos, organizarlos y hacerlos mas útiles, ó bien lo confiaba al que sobresalía entre los guerrilleros, por su fama y su conducta, y le condecoraba con grados militares. Llevaba tambien el objeto de evitar las tropelías y desmanes que cometian en los pueblos las pequeñas partidas, y más si las acaudillaban hombres groseros y de índole aviesa, que se hacian tanto ó más temibles á los pacíficos moradores de las poblaciones rurales que los enemigos mismos, y solo podia domárselas incorporándolas á columnas mas regladas y respetables, guiadas por gefes de otros instintos y de mas elevadas condiciones. Entre unos y otros molestaban tan porfiadamente á los franceses, que para mantener éstos sus comunicaciones entre sí tenian necesidad de establecer de trecho en trecho puestos fortificados, y aun asi costábales no poco darse la mano, porque no po-

dian moverse con seguridad fuera de aquellos recintos. Aun los que ocupaban la capital del reino apenas podían sin riesgo alejarse de las tapias que la rodean, porque hasta la misma Casa de Campo, mansion de recreo del rey José, que está casi á sus puertas, penetraban audazmente algunas partidas, como sucedía con la del insigne Empecinado.

Maniobraba comunmente este guerrillero en la vecina provincia de Guadalajara, como ya dijimos atrás, si bien se corria muchas veces á las de Soria y Burgos. Pero engrosada cada día su columna hasta llegar á reunir mas de 2.000 hombres entre infantes y ginetes, húboselas en muchas ocasiones con la brigada francesa del general Hugo, en Mirabueno, en Cifuentes, en Brihuega, donde quiera que se ofrecía combatir, enflaqueciéndole al extremo que en el mes de diciembre, á pesar de haber llegado de Madrid refuerzos al general francés, intentó atraer con halagos á don Juan Martin, ofreciéndole mercedes y ventajas para él y sus soldados si se pasaba al servicio del rey José. Respondióle el Empecinado como á un bizarro y buen español cumplía; y ofendido de tal firmeza el francés, acometióle resueltamente á los dos dias (9 de diciembre) en Cogolludo, hizo bastantes prisioneros, y le obligó á retirarse á Atienza: mas no se desalentó don Juan Martin; al poco tiempo embistió á los franceses en Jadraque y rescató varios de aquellos. A veces destacaba parte de su gente á las sierras del Guadarrama, en combinacion y ayuda

de otros guerrilleros que por allí bullian, siendo entre éstos notables, don Camilo Gomez en Avila, y don Juan Abril en Segovia.

Continuaban con la misma actividad las partidas en el resto de Castilla la Vieja, en todas sus provincias y en casi todos sus comarcas. Señalábanse por la parte de Toro don Lorenzo Aguilar, por la de Palencia don Juan Tapia, en Burgos el cura Merino, en la Rioja don Bartolomé Amor, en Soria don José Joaquín Duran, en Valladolid don Tomás Príncipe, y ya hemos mencionado ántes los que peleaban por la parte de León, Salamanca y Ciudad-Rodrigo. No podia sufrir ser molestado con este género de guerra el general Kellermann, que tenía á su cargo el distrito de Valladolid, y conducíase, no ya severa, sino cruel é inhumanamente con los partidarios (1); lo cual hace estrañar menos que éstos á su vez fuesen inhumanos y crueles cuando hallaban ocasion de tomar represalias. Alternaban las ventajas y los reveses, los triunfos y las derrotas, como era natural; pues si los enemigos contaban con la preponderancia del número, de la táctica y de la disciplina, los nuestros tenían en su favor la proteccion del país,

(1) Cuéntanse, entre otros hechos y casos, el fusilamiento de veinte prisioneros españoles de las partidas de Duran hecho por el general Roguet, despues de haberles hecho creer que les concedía la vida; y sobre todo, el del hijo de un latonero de Valladolid, niño de doce años, á quien Kellermann hizo atormentar aplicándole fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos, para obligarle á declarar de quién recibía la pólvora que llevaba á las partidas: tormento que el muchacho sufrió con una firmeza que asombró á sus feroces verdugos.

el hacer la guerra desde su propia casa, y el pelear con el ardor de quien defiende su patria y sus hogares. A veces esta confianza les hacia incurrir en temeridades que pagaban caras, como les sucedió en 11 de diciembre á las partidas reunidas de Tapia, Merino y Duran, á las cuales causó gran descalabro en Torralba el general Duvernet, bien que tuviese mucha culpa de ello el haber vuelto grupas la caballería de Merino.

Trabajaba con inteligencia y arrojo en la provincia de Toledo el médico de Villaluenga don Juan Palarea, descubriendo y acreditando ya aquellas dotes de guerrero que le habian de conducir á ocupar un puesto honroso entre los generales españoles. Recorria las orillas del Tajo otro médico, que tambien habia de llegar á ceñir la faja de general, don José Martinez de San Martin, el cual sucedió en agosto á don Luis de Bassecourt en el mando de las partidas, cuando éste por disposicion del gobierno supremo de Cádiz pasó de la comandancia general de Cuenca á la capitania general de Valencia en reemplazo de don José Caro. Proseguia haciendo sus correrías por la Mancha el ya ántes nombrado Francisquete. Aparecieron tambien en aquellas llanuras y ganaron fama de osados otros guerrilleros, entre ellos don Francisco Abad, conocido con el apodo de Chaleco, y don Manuel Pastrana, que con el sobrenombre de Chambergo era designado y conocido entre los naturales del país; costumbre muy comun en nuestra España la de apellidar asi á los que

salen de las modestas y humildes clases del pueblo. Asi entre los partidarios que, segun dijimos yá, se levantaron en Andalucía, habia uno de mote el Mantenero, por cierto no menos arrojado, como que un dia se atrevió á meterse en el barrio de Triana, dando un susto á las tropas francesas que guarnecian á Sevilla.

Lo mismo que en las provincias del interior sucedia en toda la faja de la costa Cantábrica. De las expediciones terrestres y marítimas de Porlier por Galicia, Astúrias y Santander, hemos tenido ocasion de hablar en este mismo capítulo. Por entre Astúrias, Santander y Vizcaya se movia el partidario Campillo, hombre de los que honraban con su comportamiento aquella manera de pelear. Hacia lo mismo en Vizcaya don Juan de Aróstegui; en Guipúzcoa don Gaspar de Jáuregui, llamado el Pastor, del ejercicio á que acababa de estar dedicado; y en Alava ganaba crédito en este género de guerra don Francisco Longa, natural de la Puebla de Arganzon. Pero más que todos los nombrados sobresalia en Navarra don Francisco Espoz y Mina, que descubriendo desde luego dotes especiales para el caso, superiores á las de su mismo sobrino Mina el Mozo, allegó pronto tanta gente, y desplegó para acosar á los franceses tanto arrojo y tan buena maña, que picado ya del amor propio el general Reille que mandaba en aquella provincia, y haciendo cuestion de honra destruir tan hábil, molesto y temible enemigo, reunió en

setiembre hasta 30.000 hombres para perseguirle sin descanso. Mina entonces diseminó su gente, enviando parte á Aragon y parte á Castilla, quedándose solo con otra parte de ella, para moverse con mas desembarazo y burlar con mas facilidad al enemigo. La Regencia le envió el nombramiento de coronel, y se hizo de él un pomposo elogio en la Gaceta.

Herido en una de sus escursiones á Aragon, volvió á curarse á Navarra. Tanta era la confianza y la seguridad que le inspiraban sus paisanos. Restablecido de su herida, comenzó nuevas empresas (octubre). Dividió su gente en tres batallones y un escuadron, que componian un total de 3.000 hombres. Corrió de nuevo las provincias de Aragon y Castilla, y en diciembre regresó otra vez á Navarra; combatió á los franceses en Tiebas, en Monreal y en Aibar, causándoles siempre gran quebranto, y su reputacion de guerrero iba adquiriendo grandes proporciones (1).

(1) «Francisco Espoz y Mina, dice un escritor español, era natural del pequeño pueblo de Idocin, situado en el valle de Ibar-goiti, á tres leguas y media de Pamplona, en el camino de Sangüesa. Sus padres, honrados labradores..... habíanle dedicado á la labranza; y probablemente no habria soltado la esteva sin la infame invasion de los franceses. Tenia entonces 27 años. Mozo de hidalgos sentimientos, alma ardorosa y corazon intrepido, corrió á las armas como toda la briosidad juvenil de aquella edad, y acompañó á su sobrino asistien-

dole con su consejo tanto ó más que con su brazo. Sirviéronle de provechosa leccion estos principios, pues conoció que sin cierta disciplina era imposible alcanzar grandes resultados en la guerra y tener el apoyo de los pueblos. Asi su primer acto, apenas tomó la investidura de jefe de guerrilla, fué prender en Estella y fusilar con tres de sus complices al cabecilla Echevarria, uno de los que, con la falsa de máscara de patriotas, aprovechaban las circunstancias para cometer saqueos y venganzas personales. En este hecho, si se considera la

Hecha esta reseña de las operaciones militares, y bosquejado el cuadro de la guerra en todas las provincias desde junio á fines de diciembre de 1810, veamos el estado en que se encontraban las desavenencias del rey José y el emperador su hermano, con que terminamos tambien el último capítulo, valiéndonos para ello del diario escrito por el conde de Mérito, que constantemente estaba al lado del rey José.

Sintiéndose éste altamente ofendido y rebajado con la ereccion de los nuevos gobiernos militares de España hecha por Napoleon, con la emancipacion en que habia colocado á los gobernadores, y con la desaprobacion de todas sus medidas administrativas tomadas en Sevilla, no satisfecho con haber enviado al ministro Azanza á París con objeto de que convenciera al emperador de la injusticia con que le trataba, y del desprestigio y menosprecio en que hacia caer su autoridad para con los españoles, despachó en agosto al marques de Almenara con carta para su hermano. La situacion de José era desesperada, y no lo ocultaba á nadie (1). En setiembre interceptaron los españoles un

época en que fué ejecutado, en el primer período de la formacion de su partida, cuando todos por lo comun toleraban esos, se halla ya el temple y la nobleza de su alma.»

(1) «Nunca ha sido mas terrible su posicion, decia el conde de Mérito en sus notas del 15 de agosto. Faltan todos los recursos; la guerra interior toma

»cada dia un carácter mas imponente y mas apasionado. Un correo no puede cruzar sin una escolta de trescientos hombres. »Las provincias del todo ocupadas militarmente están aún mas »infestadas de guerrillas que las »otras.»

Segun los apuntes del 2 de setiembre, aquel dia fué nombrado Angulo ministro de Hacienda del